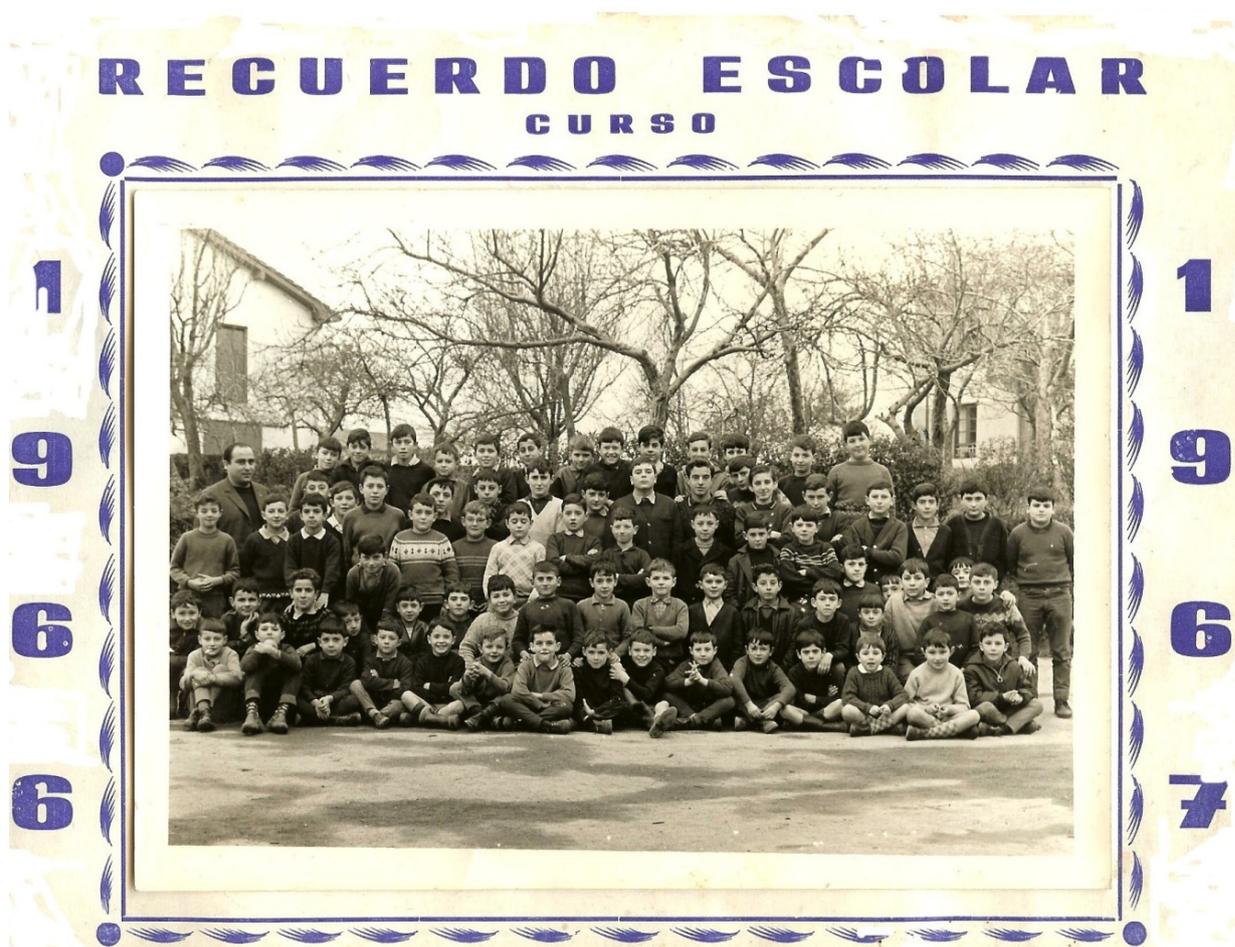


El panecillo de la inocencia (Polanco, curso 1966-67)

Constantino Barrero Herrera



DE IZQUIERDA A DERECHA Y DE ARRIBA ABAJO. NIÑOS ESCUELA DE POLANCO.

Julio, Nelín (+), P. Manteca, Fermín Ríos (+), Casimiro Manteca (+), Prado, Pastor, César, José Angel, J. L. Valdés, E. Castillo, Pepín, J. L. Fuentevilla.

D. Luis (maestro), Cobo (+), Julián, J. Luis (+), Jaime, Julián, Luciano (+), Milio, Tino, Fredo Pérez, Mon Pereda (+), Chuchi, Dolfo, Lucas, Anselmo, Zunzunegui, Benjamín.

Prudencio, Jesús, Daniel, Santiago, Chuchi (+), Gonzalo, Fredo, Ciriaco, Ramonín, Juan Carlos, Iñaki, Gelito, Cholo, Francisco, Frutos (+), Paco, Javi Pereda.

Pablito, Ramón, Macho, Gerardo, Fernandito, Jesús, Javi, Nando, Paco, J. A. Ríos, Leandro, Jara, Castillo, Eduardo, Paco Bulnes.

Higuera, Roberto, Julianín, Javi (+), Canal, Javi Ceballos, Genio Higuera, Castillo, Juan Canal, Genio, Morán, Tomás, Luis Fernando, Paco, Mariano.

Gali, mi perro, viene deprisa y se coloca junto a mis piernas debajo de la mesa del ordenador. De pronto, escucho un trueno en la lejanía y comprendo su precipitación por buscar cobijo en sitio seguro; le miro, se encuentra hecho un ovillo y me encuentro con esa mirada entre tierna y asusta-

diza; sonrío y extendiendo la mano para acariciarle con la pretensión de que se tranquilice, me encuentro correspondido con unos lametazos en la mano... La tormenta se queda en la lejanía y se oye por muy poco tiempo.

Continúo con mi tarea de ir limpiando algunos archivos del ordenador. En ello estoy. De pronto, abro una carpeta donde me aparece una foto que no recordaba tener archivada, pero sí en alguno de los álbumes en los que guardas recuerdos íntimos. Me llevé un alegrón, hacía mucho tiempo que no la contemplaba. Ahí estaba, cincuenta y dos años nos separaban. Se trataba de una foto escolar perteneciente al curso 1966-67, de aquellas que se hacía en grupo junto al maestro... Al fotógrafo lo recuerdo porque las pocas fotografías escolares que teníamos se debían al objetivo de la cámara de Lobeto, que en su Lambretta iba recorriendo pueblo a pueblo y colegio a colegio.

A lo primero que dirigí mi atención fue a la fecha en que se hizo, lo cual me hizo caer en la relatividad del tiempo; cómo con medio siglo de diferencia, con tanta distancia en el tiempo, te inundan imágenes y recuerdos que llegan a parecer de ayer. Después, los fui escudriñando uno a uno; todos reconocibles y algunos ausentes, ninguno me pareció radicalmente transformado. Tiene razón Graham Greene, que decía aquello de que *quienes comparten nuestra niñez, nunca parecen crecer*. Ahí estamos todos, dejando imagen para la posteridad.

Una foto es solo la captación de un instante, cuyo valor lo va a tener en el futuro al ofrecernos un retazo del pasado. En el presente, tiene un proceso evocador, nos afloran emociones o sentimientos imaginados o vivenciados y, en este caso, ofrece ventajas sobre el momento de la toma, al poder conocer hoy algo que no se conocía en aquel momento..., el destino de los protagonistas de la foto. Hoy sabemos de cada uno de los que aparecen en la foto más de lo que podían imaginar ellos en el momento de la instantánea.

Con seguridad, el momento de la foto fue especial dentro del ámbito escolar. Nos hizo por unos instantes salir de la abrumadora rutina de permanecer dentro del aula. Dicen que la infancia es la etapa más feliz del ser humano. Para mí, no; tampoco para muchos de la foto. Nuestra infancia quedó muy marcada por la escuela, en la que teníamos un horario muy amplio, de nueve a doce por la mañana y de tres a cinco por la tarde; no obstante, casi la totalidad nos quedábamos a la clase particular que se alargaba hasta las siete o las ocho, cuando no más. Además, se asistía a clase el sábado por la mañana, con lo que el tiempo para juegos era escasísimo y las horas de escuela extensísimas y, consecuentemente, las papeletas del sorteo para ser castigado y recibir “leña” eran muchas. Las manos de don Luis, el maestro, eran una veleta girando impetuosamente a diestro y siniestro contra nuestros rostros infantiles que cuando no era el de Juan era el de Pedro o el propio. Había un alto nivel de empatía entre los educandos; el palo que recibía el ajeno, en cierta medida, se sentía como propio... No tengo recuerdo alguno en el que el maestro asomase sonrisa, complicidad o muestra de afecto, de comprensión y ayuda hacia ninguno de nosotros... Debí de tener “un buen día” cuando nos enseñó la canción de *Palmero sube a la palma* o ese otro en que nos explicó que las manzanas no había que pellarlas, pues en la piel guardaban las vitaminas, y que no era aconsejable abusar de la carne de cerdo. O cuando estrenó aquel botijo que permanecía sobre la repisa de la ventana impertérrito, al igual que el saco de leche en polvo de la famosa Ayuda americana en una esquina del aula o las fotografías de Franco y de José Antonio encima

del encerado. El botijo estaba con telarañas de pasar tantos años sin prestar servicio alguno. En todo el tiempo que pasé en la escuela, solo una vez fue usado. Ese día se hizo en el recreo una cola inmensa y si alguno, tras beber, volvía a ponerse a la fila era obligado a beber hasta que el maestro dijese basta. ¡Menuda sed pasábamos!... Recuerdo que, cuando se estaba acometiendo la traída de aguas en el pueblo, sobre los baches que dejaban en la tierra las palas encargadas de abrir la zanja y transportar los tubos se formaban pozas cuando llovía y a dichas charcas recurríamos para quitar la sed. Poco después recurrimos a una gran mujer, Felisa, la madre de Luciano, uno de los nuestros, que vivía junto a la escuela y nos sacaba botellas grandes de Coca-Cola llenas de agua; allí mitigábamos la sed durante el recreo. Nunca agradeceré suficientemente la generosidad de Felisa para calmarnos la sed que nos asediaba. Y nunca comprenderé qué pintaba allí aquel botijo. No me extraña que pudiésemos envidiar al paisano que, tras las ventanas, veíamos pasar por la carretera con el carro cargado de verde.

Como podéis imaginar, las actitudes, técnicas y métodos pedagógicos del maestro poco o nada tenían que ver con las utilizadas por John Keating en *El club de los poetas muertos*, la labor de Mathieu con *Los chicos del coro* o la ejemplarizante labor de don Gregorio, el viejo maestro de *La lengua de las mariposas*, que ejercía según los cánones pedagógicos de Giner de los Ríos, donde el maestro ejercía como servidor público y practicaba la atención individualizada donde se conoce a cada niño y se le trata según sus problemas, haciendo las clases participativas y preocupándose por el conocimiento del entorno. Bueno, nosotros también, de alguna y aquella manera, salimos a estudiar la naturaleza y el entorno... A partir de los once años, nos llevaban de excursión de fin de curso. Y, como salida excepcional para estudiar el entorno, fuimos en una ocasión a jugar un partido de minibasket en la plaza del ayuntamiento; en otra, nos llevaron al cine del pueblo, el Cine Cumbrales, donde muchos vecinos mayores asistieron con camisetas azules, entre los que se encontraba el alcalde; y en el escenario, delante de la pantalla, dieron un discurso y hubo cantos, puestos todos en pie; nos dijo el maestro que se celebraban los “25 Años de Paz”. En otra ocasión, hicimos en la escuela unos banderines, que enganchamos a unas varas de arbusto, y que utilizamos cuando, un día, nos bajó el maestro hasta la carretera general; a la orilla de la carretera se encontraban muchos vecinos, y nos colocamos en la cuneta; nos dijo el maestro que iba a pasar Franco y que cuando pasase teníamos que agitar con la mano los banderines... Pasaron muchos motoristas y después pasaron unos automóviles muy grandes. La gente comenzó a aplaudir y nosotros a agitar los banderines. Escuché a unos vecinos mayores decir: “Nos ha saludado tras la ventanilla del coche”. Nosotros, ni enterarnos, solo vimos coches pasar mientras escuchábamos los aplausos y los gritos de “Franco, Franco, Franco”. Y otra salida que recuerdo fue cuando nos llevaron en autobús al Cine Avenida de Torrelavega para ver la película *Franco, ese hombre*. Tras la película, el autobús nos regresó a Polanco y, como mi madre me había dado un duro por si necesitaba comprar alguna cosa, y volví con el duro intacto, nada más bajar del autocar me dirigí a la tienda de Vega y me gasté más de la mitad del duro en chuches.

No recuerdo más salidas a estudiar a eso que llamaban la naturaleza y el entorno. El maestro, a los pocos años de estar en Polanco, cambió la Velosolex por un Seat 600 con matrícula S 36013. En

una ocasión, próxima la celebración del DOMUND, se habían puesto unas huchas para los donativos; el maestro prometió que a las tres personas que más pesetas entregasen a la causa, las llevaría en el flamante coche a dar una vuelta por la provincia. Por lo que fuese, fui uno de esos tres que más habían metido en la hucha. Pero, nuestro gozo en un pozo... Posiblemente esperaba que fuesen otros quienes más colaborasen o, simplemente, se olvidó; y sin viaje nos quedamos.

En defensa del maestro, debo decir que enseñaba muy bien la aritmética, las matemáticas, la geometría y la lengua. Por lo demás, debemos contextualizar la situación. La máxima pedagógica imperante era “la letra con sangre entra”, y el grupo que debía atender era muy amplio, pues llegábamos a ser cerca de setenta niños muy heterogéneos en edad y conocimiento, pues íbamos de seis a catorce años y desde los que aprendían las primeras letras hasta, en su caso, los que se preparaban para 3º de Bachillerato, todo ello acompañado de una aquiescencia social total hacia el palo o el castigo para el mantenimiento de la disciplina y el orden... Malos momentos para ejercitar la empatía y para ver en el niño el niño que era.

Pero, bueno, la alegría es tributaria del sufrimiento y, en este caso, el recreo ponía alas a la pesadumbre. La escasa media hora que duraba el recreo la disfrutábamos a tope, enfrascados en nuestros juegos, que eran muy variados y adaptados a las estaciones del año.

Los protagonistas, sufridores de nuestros juegos infantiles, eran los bolsillos de nuestros pantalones cortos y las rodillas. Hasta la entrada de la adolescencia, se llevaba pantalones cortos, generalmente muy cortos, y los bolsillos sobresalían del pantalón, pues iban cargados de nuestros preciados tesoros para el juego: canicas, peonza, chapas... Y las rodillas, con costras perennes, entre caídas y rozaduras por el suelo, las más de las veces supurando... ¡Ah!, y las mangas del jersey eran nuestros moqueros... Ese descalabro en el aspecto personal iba parejo al perjuicio de la propia escuela, que no contaba con unos servicios donde satisfacer las necesidades fisiológicas de evacuación.

Teníamos dos recreos, uno por la mañana, entre las diez y media y las once; y otro por la tarde, de cinco a cinco y media, que separaba la clase ordinaria de la clase particular. A ambos salíamos desbocados y se iban formando de manera espontánea grupos diferentes en función del juego elegido. Unos a jugar a las canicas, bien al “gua” o al “triángulo”; otros, a jugar al marro, al pañuelo, a la olla, al pico-zorro-zaina y otros se organizaban para jugar un partido de fútbol. El maestro solía jugar al fútbol; todos contentos ya que ese día el recreo se podía prolongar un poco más y, además, teníamos a Mon, gran futbolista, que jugaba contra el maestro y aprovechaba a zurrarle las espinillas. Cuando se jugaba al fútbol, el patio de juego se reducía, aunque cada pequeño grupo iba buscando un hueco para su actividad. Concluido el invierno, ya con mejor tiempo, se incorporaba el juego de las chapas, con aquellos tortuosos circuitos que marcábamos con un palo sobre la tierra o pintábamos con un trozo tiza o de teja sobre la carretera; en aquellos tiempos, los vehículos eran escasos y la calle era nuestra.

Con los juegos no solo conseguíamos sacar los demonios y evadirnos de una realidad no elegida. Con el juego nos socializábamos, aprendíamos a respetar las normas y a tolerar la frustración sin menospreciar la capacidad de logro. Ejercitábamos la psicomotricidad y, mucho, la creatividad e

imaginación. Ante la escasez de recursos materiales, se incentivaba la capacidad de crearlos. De este modo, la elaboración de las chapas requería de grandes destrezas: sacar el corcho interior, recortar la cara de un ciclista ajustado al tamaño de la chapa, recortar un cristal con piedra sobre piedra para darle forma y que cubriese la cara del ciclista en el interior de la chapa y, por último, cubrir el perímetro del cristal con jabón chimbo para que el cristal no se moviese ni se saliese del corcho; pura artesanía. Lo mismo ocurría con los estira-gomas para cazar o simplemente para lanzar piedras. Lo primero que hacíamos era buscar un buen arbusto del que pudiésemos sacar una buena manilla; una vez cortado el arbusto, se iba dando forma a la manilla, que debía ser lo suficientemente resistente para soportar el estiramiento de las gomas; después, de un tubular, generalmente de bicicleta que era lo que más a mano teníamos, se recortaban con unas tijeras o una cuchilla dos gomas de igual anchura y longitud; y, por último, de una badana de cuero fino que nos daba el zapatero recortábamos un trozo en forma oval y le hacíamos dos agujeros en los extremos por donde iban a insertarse las gomas en un extremo; el otro extremo se enganchaba a la manilla que fijábamos con una cuerda fina o alambre; y así quedaba el estira-gomas construido. Sobre la badana se coloca la piedra, se tensan las gomas echando hacia adelante la manilla y una vez bien tensadas se suelta la badana y la piedra sale lanzada hacia el objetivo. El punto de mira consistía en colocar el objetivo en medio de la V de la manilla.

Los juegos de la mañana cumplían con el ritual de ser interrumpidos por el claxon de la furgoneta de Chiqui, el panadero. En su reparto diario por el pueblo, llegaba a nuestro patio a mitad o cerca del final del recreo, paraba en medio del patio que interceptaba el camino hacia otras viviendas a las que llevaba el pan de cada día y todos corriendo a ambos lados de la furgoneta para comprarle un panecillo, la viena; en aquellos tiempos, no se comían en los recreos bollos con crema o palmeras, se comía la viena a secas, que estaba sabrosísima. Si nos quedaba hueco en un bolsillo, la metíamos allí y a seguir jugando, para irla comiendo pellizco a pellizco. Si se acababa el recreo y conservábamos aún la viena, lo mismo, desde el asiento del pupitre, y a escondidas para que no nos pescase el maestro, íbamos comiéndola pellizco a pellizco.

El ritual del recreo de la tarde consistía en ir corriendo a casa de Luciano para beber agua según salíamos de la clase y, después, ponernos a jugar, hasta que se oían las palmadas del maestro indicando el fin del recreo y el regreso a clase.

Pues así fue pasando parte de la infancia de aquellos rapaces. Todos ellos, a decir verdad, buenos chavales. Son hoy esa gente trabajadora, de grandes valores, honesta que ha contribuido y contribuye a levantar cada mañana este país. Una gran mayoría vive hoy fuera de Polanco, especialmente en Torrelavega y municipios colindantes; algunos de ellos ya jubilados y otros muy próximos al retiro... Y así, de esta manera, nos encontramos que en nada hemos pasado de la infancia al pórtico de la vejez. Ya lo decía Mario Benedetti, “cinco minutos bastan para soñar toda una vida”, así de relativo es el tiempo. Dicen, también, que el tiempo es un gran maestro; lo malo es que va matando a sus discípulos. Y así es; de esta foto, unos cuantos nos han dejado. Unos en plena juventud y otros en edades más maduras, pero siempre jóvenes.

A los pocos años de la foto, en la que él está ausente, en septiembre de 1971 nos dejó Pepe Madrazo (J. Ramón Madrazo García), contaba diecisiete años; un fatídico accidente laboral se lo llevó para

siempre. Pepe era un chaval con muchas cualidades. Era un gran deportista, jugaba al fútbol en el club satélite del Barreda, el CD Miengo; sabía más que nadie de ciclismo y de bicicletas, conocía marcas de pedales, cambios, tubulares, manillares... Era un fenómeno. ¡Y cómo cantaba...!, tenía una gran voz que nos mostraba con mucho arte y estilo... Era un chulo, todo un moderno con aquellos pantalones de pata de elefante, aquel jersey a rayas ajustado como segunda piel al tronco, aquella raya al medio de su cabellera que cubría incipientemente sus orejas. ¡Ah, y hablando de sus orejas! ¿Sabéis que tenía la cualidad de mover ambas orejas a la vez? Y todavía más difícil..., de una en una. A la hora de estudiar -estudiamos juntos hasta 3º de Bachillerato en la escuela-, tenía una gran ventaja, ya que tenía los libros de la Editorial SM que heredaba de su hermana, un año mayor que él. Dicha editorial hacía las lecciones muy esquematizadas, con mucho dibujo y colorido; invitaba a estudiar. Los demás teníamos libros de la Editorial Everest, libros super áridos, grises, sin apenas dibujos; provocaban rechazo. Era el tributo que había que pagar por ser niños y no niñas, a los que se les exigía más, pues se debía esperar más de nosotros para la sociedad del futuro. El caso es que nos fastidiaban; SM para niñas, Everest para niños; es decir, lo fácil y bonito para las niñas y lo árido y denso para los niños... La época..., ¡qué se le va a hacer! Pepe era un gran amigo, aunque solo me sacaba un año; era para mí todo un referente, un modelo al que admiraba. Su marcha supuso un enorme mazazo del que me costó mucho reponerme. Era mi primer contacto con la muerte de alguien joven y cercano. Quedé destrozado. Muchas veces me imagino y pregunto cómo sería hoy... ¡Grande!, sin duda.

Solo cuatro años tuvieron que pasar para que otro de la foto, Nelín, José Manuel Fernández Corral, un fatídico día de julio de 1975 se encontrase con la parca en las curvas de La Venta, en Rumoroso. Iba Nelín en moto hacia el cuartel Regimiento Valencia ABQ de Santander, donde estaba realizando el servicio militar como voluntario. La proximidad con el cuartel le permitía tener pase pernocta, con lo cual venía por las tardes a dormir a casa. Contaba con diecinueve años y la noticia de su accidente nos conmovió en lo más profundo... Recuerdo que cuando se inauguró la plaza del ayuntamiento, a mediados de los años sesenta, junto al muro de banderas se colocó una piedra inscrita con el nombre de "Plaza de la Paz". Unos días antes de la inauguración, Nelín, manipulando la piedra se le cayó esta sobre su dedo menique y se le abrió en dos a modo de espárrago. Era un chaval fuerte y vivaz de franca sonrisa.

El municipio de Polanco también quedó sobrecogido aquel día de Santiago de 1982. Una tragedia se cernía; un fatal accidente acababa con la vida de un joven matrimonio y su hija de pocos meses. Se trataba de Mon Pereda, José Ramón Pereda Seco, de su esposa Odile y de la hija de ambos, Patricia, de solo ocho meses, que fallecieron tras chocar, poco más allá del mediodía, contra un árbol a la altura de Queveda cuando se dirigían a comer a Oreña, donde la familia. Mon era el otro Mon. Había dos Mon en ese curso. Los dos de la misma edad, vecinos, casi pegados uno al otro; los dos hicieron hasta Tercero de Bachillerato conmigo, en la escuela; los dos fueron buenos futbolistas y, tras la escuela, los dos fueron a trabajar al mismo taller. El destino de Mon Madrazo se cortó a los diecisiete años y el de Mon Pereda, a los veintiocho. Cuando el primero falleció, tuve una especie de trasvase afectivo hacia el segundo, como si se hubiese incrementado el afecto hacia

el Mon sobreviviente. Mon Pereda, de complexión fuerte, tenía un carácter obcecado, refunfuñón, pero compatible con el noble sentir. Su carácter hosco encubría una personalidad noble y leal.

Apenas recién cumplidos los treinta y un años, nos dejó Manolín, Manuel Cobo González; era mayo de 1988. Fue monaguillo de don Manuel durante varios años e hizo Magisterio. Le encantaba la música y entre uno de sus cantantes favoritos se encontraba Cat Stevens. Cuando le daba la “ventolera”, ponía el tocadiscos a tope y abría las ventanas de casa, con lo que todo el pueblo escuchábamos su música. Era un muchacho tímido, de aspecto sereno, hablar pausado, de andar lento y un tanto desgarbado; una melena lacia cubría sus orejas hasta cerca de los hombros; le encantaba leer, era uno de los pocos habituales de la biblioteca. Extraordinaria persona. Fue el primero del grupo en fallecer por enfermedad.

Corría mayo de 1997 y, con cuarenta años, nos dejó Fermín, Fermín Ríos Velo. Estaba casado, con hijos. Lo que más recuerdo de Fermín es lo bien que nadaba, lo bien que nos lo pasábamos en el Pozo de Sondeos. ¡Cuántas horas pasamos nadando en él! Fermín era un auténtico pez, se deslizaba por el agua a gran velocidad. Le gustaba mucho la pesca y el entorno de la playa de Mogro era su lugar favorito.

Bien entrado el nuevo siglo, en el final de la primavera de 2011 nos encontramos con la luctuosa noticia de que Casimiro, Casimiro Manteca Gómez, fallecía a los cincuenta y seis años al sufrir un vuelco el camión de trabajo que conducía. El accidente se produjo en el valle de Buelna, lugar en el que residía. Dejó mujer e hijas. Muchos años, décadas, sin ver a Casimiro. Unos años antes del triste acontecimiento, nos encontramos en Los Corrales de Buelna y estuvimos un rato charlando. Posteriormente, alguna vez más nos encontramos. Los Manteca vivían en el monte, entre Posadillo y La Hilera; tenían una buena distancia de casa a la escuela y unos caminos muy poco halagüeños; lloviese, granizase o nevase hacían diariamente el recorrido a pie, dos veces de ida hacia la escuela y otras tantas de vuelta hacia casa... Si dura fue, para la mayoría, nuestra infancia, para estos chavales muchísimo más. El maestro les escribía en la libreta la hora de salida de la escuela para marcarles la llegada en el tiempo estipulado en hacer el trayecto; con ello, se evitaba que se entretuviesen jugando por el camino. Eran varios hermanos y hermanas. En la foto se encuentran solo tres hermanos, los dos mellizos, Casimiro y Pedro, y el siguiente en edad, Julián.

En abril de 2010, Javi, Francisco Javier Fernández Corral, hermano de Nelín, desde Granada se pone en contacto conmigo para mandarme unas fotos y ver si puedo enviar una nota de prensa al periódico anunciando que había quedado campeón de España de vuelo acrobático. La nota se publicó en el periódico *Alerta* a finales de abril. Hacía años que no sabía de él, pero estaba seguro de que le iba bien por la vida, pues era una persona emprendedora, con mucha iniciativa y sabía muy bien buscarse la vida; era de esas personas realmente hábiles a las que nunca les iba a faltar el pan... Dentro de la foto escolar, es de los más pequeños, por lo que hay cierta diferencia de edad conmigo y no recuerdo detalles de ese periodo en el que convivimos. De Javi, especialmente recuerdo que nos hizo el video de la primera cabalgata de Reyes que organicé desde la Escuela de Adultos de Polanco en 1989. Fue una cabalgata que, con escasos recursos, pero con una animada participación de personas, resultó magnífica. El video comenzaba con una visión general de Polanco y con una espectacular música de fondo, nada menos que la banda sonora de la película

Memorias de África. Video y música me quedan total e inequívocamente asociados... Casualidades de la vida, el protagonista masculino en la película que acabo de señalar, interpretado por Robert Redford, muere al estrellarse la avioneta que conducía mientras volaba por los cielos de Kenia... Javi fallece en agosto de 2013 al estrellarse la avioneta que conducía en Málaga. Dejó dos hijas.

No había pasado un año, cuando en mayo de 2014 falleció Jose, José Luis Díaz Iglesias. Tenía sesenta años, una edad siempre pronta, pero en la que empieza a ser penosamente asumible que estas desgracias ocurran. Se marchó joven del pueblo, pero regresó y montó un comercio, una cristalería, en Requejada. De chavales, al nombre de José Luis, para su identificación le añadíamos el epíteto de “El amante”; no sé por qué dicho mote, posiblemente viniese de familia. Era buena persona. Un día me zurré con él en la escuela, y recuerdo cómo enrabiado me tiró un mordisco al brazo que me dejó un siete en el jersey y la mancha de sangre que le brotaba del labio. A los cinco minutos, tan amigos; siempre nos llevamos bien. A José Luis, le gustaban mucho los caballos y era buen jinete.

A la misma edad, con algo menos de un año de diferencia, falleció Frutos, Fructuoso Ruisánchez Romero. Frutos fue de la pandilla en los inicios en que nos atrevíamos a salir por Torrelavega y alrededores. Fue el primero de todos en sacar el carné de conducir y tener coche. A partir de ahí, como éramos muchos, la pandilla comenzó a dividirse. Frutos montó un taller metalúrgico en Hinojedo, donde vivió hasta su fallecimiento. Dejó dos hijos.

La serenidad personificada y la sonrisa sempiterna eran dos marchamos de Chuchi, Jesús Balbontín Estrada. Con él, el buen rollo estaba garantizado..., las risas también. En las últimas décadas, mantuvimos una estrecha relación de amistad, ya que estudiamos juntos en el nocturno del Instituto Marqués de Santillana de Torrelavega y, después, en la universidad; cientos de recuerdos agradables afloran. Jugaba extraordinariamente a los bolos y era un amante de la cría de pájaros, con los que ganó multitud de premios nacionales. El 29 de abril de 2017 partió con cincuenta y ocho años.

Y será en marzo de 2018, recién cumplidos los sesenta y tres años, cuando se nos va Ciano, Luciano Arias Gonzalo. Mi primer amigo desde que comencé, a los cinco años, en el colegio de las monjas de Polanco; estuvimos en la infancia estrechamente unidos. En la escuela, para calmar su ansiedad, mantenía como ritual sacar el pañuelo, buscando con el dedo índice el centro del mismo y, sobre ese mismo centro, plegarlo y meterlo de nuevo al bolsillo; así, dejaba que el pañuelo asomara por su parte central para con los dedos pulgar e índice de la mano contraria al bolsillo sobarlo constantemente; con ello, rebajaba su tensión... Trabajamos juntos, fuimos de “viaje de novios” juntos y, también juntos, recorrimos varios países europeos en época vacacional. Persona de singular nobleza recubierta de un halo de inocencia, siendo muy amigo de sus amigos. Una de sus peculiaridades era la puntualidad, pues siempre llegaba media hora antes de lo acordado; y otra, su disposición a echarle una mano si lo necesitabas.

Evocar estas pérdidas supone emociones encontradas. De una parte, dolor por la propia ausencia, saber que no son personas que estén en la distancia, pero que un día puedas verlas, sino que su ausencia es definitiva. De otra parte, mientras las evocas estás reviviendo momentos, situaciones compartidas..., estás con ellas y, en ocasiones, te sorprendes a ti mismo sonriendo. Mientras los

recordamos les estamos dando vida; solamente el olvido lleva a la muerte... El que estén muertos significa que existieron y, para dejar constancia de ello y alejarlos del pronto olvido, dejo impresas esas mínimas notas junto a sus nombres.

Para el resto de los que nos encontramos en la foto, el tiempo pasa, nos vamos poniendo viejos, tal como canta Pablo Milanés. Cincuenta años después, algunas cosas han cambiado. Seguimos caminando... La furgoneta del pan sigue pasando, pero ya no para en el patio del recreo; y la escuela ya no es escuela, se reconvirtió en Sede de la 3ª Edad. Es como si ese edificio marcara nuestro sino; nos acogió y marcó en la infancia y ahí continúa, acogiéndonos en el otoño de nuestras vidas... Chiqui, el panadero, a sus ochenta y tantos, sigue hecho un mozo. Don Luis, el maestro, se fue adaptando a los cambios que se iban desarrollando en el sistema educativo; así, a los pocos años de la fotografía, se instaura la Ley General de Educación en 1970, que supuso profundos cambios, como fueron la introducción de la EGB y de la FP. El palo deja de ser la herramienta didáctica prioritaria; se establece la concentración escolar, desarrollando los ocho cursos de la EGB en un solo colegio y los padres comienzan a formar parte de los Consejos Escolares. Don Luis pasó a ser director del nuevo colegio, ejerciendo dignamente su cargo y llegó a ser alcalde del pueblo, donde destacó, entre otras cosas, en el área de Educación, pues tuvo la valentía de implantar la novedosa Escuela de Adultos en el municipio, que por aquellos años se venían creando desde el MEC y los ayuntamientos por todo territorio del Estado Español. Hoy, don Luis, a sus ochenta y tantos años, mantiene una excelente presencia física.

Los demás..., con la fortuna de ir envejeciendo, con la fortuna de seguir soñando y con actitud...; al igual que los Rolling Stones y Scorpions, enmarcados en nuestra misma temporalidad. Se iniciaron en los años sesenta en torno a la fecha en que se hizo la foto y continúan activos en la actualidad.

ConstanTINO BARRERO

Profesor y divulgador cultural